

MAX SCHELER

Tres concepciones tradicionales sobre el hombre:

El filósofo alemán Max Scheler (1874-1928) presenta, al inicio de uno de sus libros más importantes, tres ideas clásicas acerca del hombre. Si se pregunta a un europeo culto lo que piensa al oír la palabra hombre, casi siempre empezarán a rivalizar en su cabeza tres círculos de ideas, totalmente inconciliables entre sí.

Primero, el círculo de ideas de la tradición judeocristiana

Adán y Eva, la creación, el Paraíso, la caída. Segundo, el círculo de ideas de la antigüedad clásica: aquí la conciencia que el hombre tiene de sí mismo se elevó por primera vez en el mundo a un concepto de su posición singular mediante la tesis de que el hombre es hombre porque posee "razón", logos, frónesis, ratio, mens. etc., donde logos significa tanto la palabra como la facultad de apresar el "qué" de todas las cosas. Con esta concepción se enlaza estrechamente la doctrina de que el universo entero tiene por fondo una "razón" sobrehumana, de la cual participa el hombre y sólo el hombre entre todos los seres. El tercer círculo de ideas es el círculo de las ideas forjadas por la ciencia moderna de la naturaleza y por la psicología genética y que se han hecho tradicionales también hace mucho tiempo; según estas ideas, el hombre sería un producto final y muy tardío de la evolución del planeta Tierra, un ser que sólo se distinguiría de sus precursores en el reino animal por el grado de complicación con que se combinarían en él energía y facultades que en sí ya existen en la naturaleza infrahumana.
"El puesto del hombre en el cosmos. M. Scheler, 1928. Losada, Bs. As., 1980"

La concepción judeo-cristiana del hombre no es, naturalmente, un producto de la filosofía y la ciencia, sino una idea de la fe religiosa. En lo fundamental esta concepción está expuesta en el Génesis, El hombre es una creación, en cuerpo y, alma, de un dios personal que lo ha hecho a su imagen y semejanza. Todos los hombres descienden de una pareja primitiva, la integrada por Adán y Eva, quienes vivían en un estado paradisiaco en el cual todo les era dado. Pero el hombre pecó, con el pecado se ha producido la caída, perdiendo el paraíso y con él la inmortalidad y la gracia divina. Según la doctrina cristiana, la redención del ser humano es producida a partir del sacrificio de Cristo. Dios-hombre, y esto significa el restablecimiento de la relación filial con Dios. Según el relato del Génesis, Dios entregó al hombre el dominio del resto de los animales y de la naturaleza, con lo cual el hombre ocupa un lugar privilegiado en la creación, por encima del resto de los vivientes. Esta antropología se prolonga y domina fundamentalmente en la Edad Media, en San Agustín o Santo Tomás, y ya en los tiempos modernos en Pascal. La razón que había sido considerada por el pensamiento griego como el atributo eminente del hombre, pasa a ser en San Agustín y en el pensamiento cristiano, en general, un instrumento sospechoso que puede llevar al hombre por el camino de la tentación y del pecado. La máxima clásica, "conócete a ti mismo", entendida como práctica del autoexamen racional, va a ser criticada por esta antropología. En particular, Pascal dirá: Que será de ti, ¡oh hombre!, que buscas cuál es tu condición verdadera valiéndote de la razón natural... Conoce, hombre soberbio, qué paradoja eres para ti mismo. Humíllate, razón impotente: calla naturaleza imbecil... y escucha de tu maestro tu condición verdadera, que tú ignoras. Escucha a Dios.

La segunda idea clásica sobre el hombre es un producto de los griegos.

Consiste en considerar al hombre como el homo sapiens. La racionalidad separa al hombre del resto de los animales y encumbra al ser humano por encima de toda otra naturaleza. A la especie humana le corresponde un "agente específico" que sólo a ella conviene y que es irreductible a cualquier facultad vegetal o animal. Este agente específico es la razón o logos. Mediante esta razón, el hombre puede conocer el ser tal como es en sí (la divinidad, el mundo y él mismo); puede obrar, es decir, guiar su conducta mediante el descubrimiento de normas éticas; y puede hacer, o sea, transformar la naturaleza y producir artefactos, mediante la técnica. El logos humano es considerado por algunos filósofos como una parte

del logos divino, ordenador del mundo; por lo tanto, el hombre es el único ser natural con una chispa divina en su esencia. Esta idea clásica es la más difundida en la filosofía occidental y, con variantes, va desde Sócrates hasta Hegel, pasando por Platón, Aristóteles, Descartes y Kant. Cuando Sócrates afirma que una existencia sin examen no merece la pena vivirse, quiere señalar que una vida al margen de la razón no puede ser considerada una vida humana. El examen racional de las cosas y el autoexamen son esenciales. Estos tres círculos de ideas: la tradición religiosa judeo-cristiana, el animal racional de la filosofía griega y la concepción evolucionista de la ciencia moderna, constituyen tres importantísimas concepciones acerca del hombre porque constituyen modos de entender al ser humano que han producido profundas raíces y que hoy brotan como respuestas espontáneas frente a la pregunta: ¿qué es el hombre? A lo largo de la historia estos tres círculos de ideas se han enfrentado, en ocasiones violentamente, y se han aproximado buscando armonizarse. Por otra parte, estas ideas se encuentran en la base de algunas ideas producidas en el siglo XX que pasamos a estudiar.

es al ser humano. De modo semejante, Aristóteles concluirá su Ética a Nicómaco afirmando que la auténtica felicidad del hombre reside en la vida del pensamiento, la vida contemplativa, porque en la misma el hombre encuentra su perfección, la realización de su esencia, la virtud suprema.

Aunque esta segunda concepción del hombre parece antagónica de la primera y de hecho lo ha sido, no han faltado intentos de conciliación entre ambas: tal es el caso de Santo Tomás, quien toma elementos de la idea aristotélica del hombre y los incorpora a la concepción cristiana.

La tercera idea acerca del hombre lo caracteriza a éste como el homo faber

Esta idea es sostenida por corrientes naturalistas, empiristas, positivistas, materialistas y pragmáticas y recibió un gran impulso con la teoría de la evolución de Charles Darwin y el desarrollo de la biología como ciencia. Esta doctrina empieza por negar una facultad racional separada, específica en el hombre. No hay entre el hombre y el animal diferencias de esencia; sólo hay diferencias de grado. Hay una sola corriente ininterrumpida de vida. En el hombre, según esta teoría, actúan los mismos elementos, las mismas fuerzas y leyes que en todos los demás seres vivos; sólo que con consecuencias más complejas. El alma, el espíritu han de comprenderse por los instintos y las sensaciones. El hombre es un ser instintivo, un viviente especialmente desarrollado, El espíritu, la razón, no son más que un desarrollo de la llamada "inteligencia técnica", que ya encontramos en los animales superiores. El conocimiento humano recibe todo su valor de la capacidad para transformar el mundo y su verdad consiste en el éxito de esta transformación. Según estas teorías, el hombre es un animal de señales, es decir, el poseedor de un idioma; o un animal de instrumentos; o un ser cerebral, es decir, que consume mucha más energía en el cerebro que los demás animales. Pero nada de esto es propio o específico del hombre, todo se encuentra en forma más o menos rudimentaria en los animales superiores. La influencia de estas ideas llega a Nietzsche y a Sigmund Freud, el fundador del psicoanálisis. Al final de este capítulo se transcribe un breve texto del zoólogo Desmond Morris que representa este punto de vista.

Estos tres círculos de ideas: la tradición religiosa judeo-cristiana, el animal racional de la filosofía griega y la concepción evolucionista de la ciencia moderna, constituyen tres importantísimas concepciones acerca del hombre porque constituyen modos de entender al ser humano que han producido profundas raíces y que hoy brotan como respuestas espontáneas frente a la pregunta: ¿qué es el hombre? A lo largo de la historia estos tres círculos de ideas se han enfrentado, en ocasiones violentamente, y se han aproximado buscando armonizarse. Por otra parte, estas ideas se encuentran en la base de algunas ideas producidas en el siglo XX.